

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

La cuestión

de Tánger

Poco antes de estallar la guerra mundial, habíase realizado negociaciones relativas al puerto de Tánger, entre las naciones entonces interesadas en el asunto. Y al tratarse de la entidad que debería encargarse de las obras de aquel puerto, se convino entre las partes tratantes fijar un límite máximo de participación económica para cada nación, a saber: un 30 por 100 para Francia, un 20 por 100 para España, otro tanto para Inglaterra e igual porcentaje para Alemania, y un 10 por 100 para el Majzen y otras naciones.

Después de llegar a un acuerdo, no sin trabajo en algunos momentos de la negociación sobre otros puntos diversos, se convino que la entidad constituida sobre dichas bases económicas presentaría presupuestos y planos completos a una Comisión internacional técnica, que informaría sobre el particular, para que, en caso de informe favorable, pasase el proyecto al Cuerpo diplomático de Tánger, que lo aprobaría o desearía en última instancia. Las cuatro naciones antes dichas, Inglaterra, Francia, España y Alemania, se obligaron solemnemente a pasar por la indicada tramitación y a aceptar el fallo del Cuerpo diplomático residente en Tánger.

Se reunió la Comisión técnica internacional e inició sus trabajos, los que se vieron interrumpidos por la conflagración de 1914, quedando el asunto enteramente en suspenso sin que sobre él mediase ninguna nueva negociación. Las cláusulas del Tratado de Versalles, por las cuales se atribuyó a Francia los derechos adquiridos por Alemania en Marruecos, fueron elaboradas sin consultar a España; si bien no faltaron seguridades oficiales, durante la tramitación de aquel Tratado, de que en momento oportuno y antes de hacerse nada definitivo, se trataría con nosotros para fijar, de común acuerdo, las nuevas condiciones creadas por la exclusión de Alemania. En efecto, al suscribirse Francia a la nación vencida, su participación económica se elevaba del 30 por 100 máximo convenido, al 50 por 100; elevación que, con evidencia irrefragable, interesaba de un modo esencial a Inglaterra y a España.

Así las cosas, el 2 de junio obtuvo Francia del Sultán de Fez, sin consultar para nada a España ni a Inglaterra, un «dahir» o decreto, por el que se concede a una Sociedad francesa el privilegio de construir y explotar hasta 1999 el puerto de Tánger. La participación del capital español—de la influencia española, por consiguiente—es en la empresa casi insignificante; no sólo por añadirse al 50 por 100 que Francia se arroga el 10 por 100 atribuido nominalmente al Majzen sino porque se ha fijado una cifra irrisoria como capital social, lo que dará lugar a la emisión fatal de obligaciones, que serán fácilmente acaparadas por el capital francés.

De los comentarios de Prensa ya tiene noticia el lector por la información telegráfica. De lo que podrá ser el desarrollo del asunto, la impresión dominante, triste es decirlo, no es optimista. Confían algunos aún en la intervención de Inglaterra; los más, creen advertir síntomas de que España ha cedido ya una vez más...

Hoy exponemos el asunto sin comentario, o mejor dicho, dejamos éste al patriotismo del lector.

De Sociedad

Los que viajan

A Murcia, después de haber pasado unos días en ésta, don Alejandro Terrer Delgado y don Enrique Giménez Herrero.

—Procedente de Ceuta ha llegado a ésta el Capitán de Artillería don Luis Sirera.

Notas varias

—Han sido aprobados en el previo para el ingreso en Correos, los jóvenes Jesús y José Gutiérrez Carrión.

Enfermos

Se encuentra restablecida la pequeña hija de nuestro querido amigo don Gonzalo Cabezas.

Letras de luto

Esta mañana a las nueve se han dicho en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, las misas de la Emperatriz por el alma de la que en vida fué bellísima señorita Alicia Martínez López.

El templo se ha visto muy concurrido de familias amigas de la finada. Reciba su familia nuestro pésame más sentido.

—Esta tarde a las cinco se ha verificado seguido de numeroso acompañamiento el sepelio del cadáver del niño Juanito Llorca González.

A sus afligidísimos padres y a su tío, nuestro amigo el concejal don Francisco, enviamos nuestro pésame.

La mejor verbena

Lo es sin duda alguna, la que se está celebrando durante estos días en la calle de San Cristóbal la larga.

Los organizadores, Eduardo Donate, Pascual Sánchez, Eduardo Barrull, Antonio González, Vicente Sánchez, Enrique Barrull, Carlos Mateo, Carmelo García, José García Calero e Isidoro Sánchez pueden estar satisfechísimos de ello, pues están recibiendo multitud de felicitaciones por el gusto que han tenido.

El grupo de señoritas que, amablemente, han saqueado estos días los bolsillos del transeunte, lo componen las encantadoras muchachas Carmen Donate, Marilina Donate, María García, Pepita Fernández, Pepita Ros, Pepita Pérez, Isabel Cegarra y María Martínez, que le dan una gracia y donaire extraordinario al mantón de Manila que lucen.

Párrafo aparte de esto, merece el joven pintor Arturo Alberto, que de un modo desinteresado grande, ha pintado las portadas, escudos y demás alegorías, poniendo de manifiesto el gusto que tiene y lo bien que cultiva el oficio a que se dedica.

La calle, pues, está magnífica y allí todo es mucha luz, mucha alegría, mucha música y sobre todo, muchas jóvenes bellísimas.

Uno

Información

de Marina

Varias noticias

Esta tarde o a últimas horas de la noche fondeará en este puerto el contratorpedero «Audaz».

—Transborda del Torpedero número 5 al contratorpedero «Audaz», tan pronto llegue éste último a este puerto, el tercer maquinista don Tomás Díaz Martínez.

—Es pasaportado para San Fernando a disposición de la Superior Autoridad del Departamento de Cádiz, el primer Maquinista don Andrés Sánchez Aledo.

—Cesa de prestar sus servicios en la Estación Torpedista de esta Capitanía

tal y embarca en el Torpedero número 17, el segundo Obrero Torpedista Electricista don Mariano Alvarillo García.

—Causan baja en el tercer Regimiento de Infantería de Marina por haber sido destinados a los puntos que se indican, los oficiales siguientes:

Don Ramón Cortiis Riesa, al Regimiento de las Palmas núm. 66.

Don Juan Berenguer Hernández, al Regimiento de Cartagena núm. 70.

Don Pascual Morales Segura, al Regimiento de Cartagena núm. 70.

Don Agustín Carrasco y Carrasco, al Regimiento Ceriñola núm. 42, Melilla.

—Ha sido nombrado abanderado del tercer Regimiento de Infantería de Marina, el Alférez don Francisco Mógica López.

—Se dispone que el capitán de corbeta don Francisco Domínguez Romero, se encargue interinamente del destino de auxiliar en la fábrica de Torpedos.

—Desembarca del contratorpedero «Audaz» el teniente de navío don Francisco Regalado y Rodríguez.

—Han ascendido a capitanes de corbeta D. Angel Rizo y Bayona y D. Miguel Angel Montojo.

El periódico ideal

No predicamos el periódico medro personal.

No trabajamos por el periódico empresa mercantil.

No pedimos dinero para el periódico vano pasajero.

Si predicamos el bien del periódico es del periódico que lleva envuelto en sus hojas de papel un ideal que para nosotros no puede ser más que el católico. Si trabajamos y pedimos dinero para la Prensa, no es para una Prensa cualquiera sino para una Prensa que podamos llamar celo, propaganda, defensa, predicación.

El entusiasmo por un periódico así es una consecuencia natural de nuestras convicciones, es una necesidad de nuestras doctrinas.

Un periódico trabaja, lucha, rompe mil espadas en pro de los intereses católicos. Un día, por exceso de original, hay que retirar una nota de sociedad, un suceso que no tiene más interés que la vanidad de una persona. Eso no es nada; eso es una miseria. Pero al particular interesado le molesta esa omisión y el entusiasmo que sentía por él que era su periódico ha sufrido el golpe de un egoísmo herido.

Eso no es ideal. Para mí, el periódico es un catecismo en el que todos los días leo y aprendo algo; es la noticia edificante que purifica el ambiente deletéreo que nos asfixia; es la respuesta apologética; es la orientación en una cuestión nueva; es el criterio en un debate; es una acción lenta, constante, de preservación por la doctrina, la novellita, por el cuento, por las noticias de todo el mundo. Para mí el periódico es la unión de todos los que pensamos igual y sentimos lo mismo.

El periódico, más que utilidad propia, que la tiene, es para un católico arma de combate, lazo de conquista, medio de propaganda, instrumento del bien.

Han caído sobre mí mesa dos periódicos: el uno, mío; el otro, ni tuyo ni mío; es neutro (triste papel). Como bien presentado, como bien informado, como más atrayente, el neutro ganaba a mi periódico. Lo confieso con tristeza, como con tristeza lo sentí. Pero mi periódico era mi periódico. Detrás de sus páginas yo veía hermanos míos valientes y abnegados, que gastan sus energías y destrozan sus plumas por eso mismo que yo profeso, quizás no tan gallardamente, pero con una misma fe y un mismo amor. Yo les veía pasando noches largas con el mal olor de las máquinas, con el calor insoportable de la fundición, con la molestia continua de la perseverancia. Yo les veía activos, ingeniosos; a las veces, no pocas, apurados por el desaliento y

la falta de recursos, y lo que es peor, de simpatía fraterna.

Para mí, basta eso para que mi periódico, por encima de todos los personalismos, sea mío y yo sea suyo por el cariño y la admiración, por la recomendación y la propaganda, por la plegaria y los votos de prosperidad.

Periódico mío, porque es católico como yo; periódico mío, porque defendiendo a mi Iglesia y sirviendo a mi Señor; periódico mío, porque la fe que yo profeso y el Amor que yo amo lo predica y lo propaga.

Para mí, el periódico es un ideal, y como ideal, digno de mi entusiasmo y de mis sacrificios.

RESVAL

Amalio Pérez Plaza

MÉDICO DE LA ARMADA
Especialista en partos y matris.—Tratamiento de las enfermedades venéreas sífilíticas
Consulta de Mediolos general
de 12 a 1 y de 8 a 8
casa de Martínez (Detrás del Ayuntamiento) 2.º derecha

¡PERDON!

Sobre los albos lechos de la enfermería, casi envueltos en esa penumbra suave y melancólica de un atardecer invernal, se destacaban con líneas sinistras las rígidas siluetas de los enfermos escuchándose a intervalos estertores y gemidos que el dolor arrancaba a sus labios exagües.

En el rincón más apartado de la amplia sala y debajo del alto ventanal por cuyos opacos vidrios se tamizaba una luz escasa y mortecina que aumentaba el terror de aquel triste departamento de la penitenciaría, yacían los dos protagonistas de los sucesos de aquella mañana, que escribieron con sangre otra página siniestra en la larga y terrible historia de la prisión.

Fatal había sido el pronóstico facultativo para ambos penados; los aceros, esgrimidos con saña más propia de feroces bestias, que de hombres, desgarraron implacablemente los tejidos abriéndose paso hasta órganos importantes, convirtiendo sus cuerpos en montón informes de sangrientos despojos, y por las anchas heridas que produjeron las enormes facas, la vida huyó apresuradamente dejando a Paco Talavera y a Pedro Expósito, el tiempo no más que suficiente para que en sus almas, también enfermas, penetrase el hábito bendito del arrepentimiento.

Aquel ambiente de guapeza y baratería muy propio de todos los penales, había influido notablemente en el origen de la pelea y ésta, surgió terrible, sañuda, rencorosa, hasta que ambos mortalmente heridos, entre rugidos y blasfemias aflojaron sus dedos crispados y las armas tintas en sangre, cayeron de las manos, ya sin fuerzas para seguir la terrible lucha.

Pedro, el más grave, escuchaba con pertinaz silencio las palabras dulces y consoladoras del sacerdote; sus ojos abiertos, desmesuradamente abiertos, se fijaban con insistencia en un punto de la enfermería, como si ahí se estuvieran desarrollando escenas y sucesos pasados, que afloraban en su alma recuerdos e imágenes de otros tiempos y por sus mejillas tostadas, ahora con livideces cadavéricas por la enorme pérdida de sangre, resbalaban lentas y pausadas dos lágrimas que iban a perderse entre las revueltas ropas del lecho.

Continuaba el Ministro de Dios su misión evangélica de perdón y consuelo, que no había conseguido encontrar un eco piadoso en el corazón del otro penado; rebeldes a las exortaciones de la religión, rechazando con obstinación implacable todo cuanto se refiriera a arrepentimiento, se

revolvía agitado y febril, con rencores en el alma y frases amargas en los labios, maldiciendo y blasfemando en esa hora suprema en que los ojos se abren siempre a las grandes verdades. No, Paco, no había querido confesarse y menos arrepentirse; en vano el sacerdote agotó con sublime paciencia todos los recursos para salvar el alma de aquel desgraciado, habían sido tan inútiles sus esfuerzos, aumentaron de tal modo sus palabras saturadas de amor y consuelo, la agitación morbosa del penado, que con lágrimas en los ojos dedicó las largas horas de aquella tarde interminable a fortalecer la fe, despierta en la conciencia del otro compañero de camión en los mismos linderos de la muerte.

Cuando la luz iba poco a poco extinguiéndose y las tinieblas de la noche invadían las anchas naves de aquella mansión de paz y de dolor, una voz débil, triste, entrecortada por ahogados gemidos, resonó con sublimes inflexiones de infinita amargura como resonaron en el monte Calvario aquellas otras palabras de Cristo, y erodiendo en la agonía a sus ofensores.

Cesaron un punto las rítmicas convulsiones del otro penado y volvió afanosamente la cabeza hacia el lecho de su compañero que pronunciaba hermosas frases del perdón que brotaban del alma y que angustiosamente expresaban sus labios agónicos.

—Sí, Paco,—decía su víctima—en esta hora suprema yo te perdono, no quiero llevar ante Dios, que bien pronto ha de juzgarnos, rencores ni odios, si no amor y perdón; en mala hora olvidamos que todos los hombres somos hermanos y esgrimimos fatalmente el arma homicida que ha segado nuestras existencias, perdóname como yo te perdono y que el supremo Juez nos perdone a ambos.

—¿Qué dice, padre?—murmuró Paco dirigiéndose por primera vez al sacerdote—¿que él me perdona? Y sus manos convulsas se extendieron hacia el coniguo lecho y sus ojos a los que la luz iba faltando buscaron con avidez la silueta de su compañero. En aquel semblante contraído y duro fué poco a poco operándose una transformación completa, algo despertó allá en el fondo de aquel hombre que había dedicado al crimen todas las horas de su existencia y sus labios también dejaron escapar tiernas frases de perdón veladas por sollozos.

El sacerdote acercándose presuroso al lecho estrechó entre las suyas las manos de Paco y con fervorosa piedad rezó el Yo pecador, que iba repitiendo palabra por palabra el enfermo, primero, con voz sonora, poco a poco imperceptiblemente conforme iba la vida escapando de aquel organismo.

Después... un silencio solemne se hizo en la sala; la muerte, avanzando rápida, no pudo impedir que les fueran administrados los últimos sacramentos a aquellos desgraciados, purificando sus almas de todo delito.

—¡Gracias Dios mío!—exclamó el sacerdote después de cerrar piadosamente aquellos ojos sin vida—tu infinita grandeza ha permitido que se salven estos dos desgraciados; ¡Bendito sea el perdón y la misericordia!

Y en las amplias salas de la enfermería, entre la penumbra de aquel atardecer invernal, resonaron las sublimes frases del Padrenuestro, repetidas fervorosamente por todos los penados.

Joaquín E. Romero

Madrid 1921,